Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La media hora perdida

Érase una vez una viuda que tenía tres hijos. Los dos mayores eran razonablemente listos, pero Bobo, el hijo menor, era muy tonto. Un día, la princesa Zenza pasó por delante de la casa y oyó cómo la viuda regañaba a su hijo menor. Se bajó del caballo y preguntó qué pasaba. Cuando se enteró de que Bobo era tan terriblemente tonto, le preguntó a la viuda si podía llevárselo con ella. La estupidez del niño la divertiría mucho. Bobo se fue con ella.

En el castillo no tardaron en darse cuenta de lo tonto que era Bobo. Le encargaban las tareas más extrañas, haciendo el ridículo para diversión de todos en el castillo. Pero Tilda, la criada de la cocina, no disfrutaba de la constante humillación de Bobo por su estupidez. Tilda era una chica dulce, guapa y de buen corazón. A ella también la trajeron al castillo para que se quedara allí un día.

—No dejes que te humillen constantemente —le dijo a Bobo.

Una mañana, la princesa Zenza se quedó dormida media hora. Se apresuró a llegar al jardín del castillo, donde sus sirvientes la esperaban con el desayuno.

—Santo cielo —dijo—, he perdido media hora esta mañana.

Bobo oyó esto y dijo:

—Alteza, quizás pueda encontrarla por usted —la idea de encontrar una media hora perdida hizo reír a la princesa, y toda la corte rio con ella.
—Si, que Bobo busque la media hora perdida —rieron. Y así, Bobo fue enviado al ancho mundo. Antes de abandonar el castillo, se despidió de Tilda.
—La princesa ha perdido media hora y yo voy a encontrarla. Puede que tenga que recorrer el mundo entero —le dijo orgulloso. Tilda no dijo mucho. Le deseó suerte y, cuando él no miraba, le metió un bollo de grosella recién horneado en la alforja.



Bobo cabalgó por las colinas y las tierras, deteniéndose de vez en cuando para preguntar a los transeúntes si habían visto una media hora perdida. La primera persona a la que preguntó fue un anciano.
—¿Una media hora perdida? —dijo el anciano—. He perdido algo mucho peor. He perdido mi reputación. ¿Has visto una reputación perdida por aquí?
No, Bobo no la había visto. Otro día, se encontró con un hombre terrible que respondió a su educada pregunta con mucha agresividad.
—¿Media hora? —gruñó—¡No, no he visto ninguna! Estoy buscando algo que se me ha perdido. ¡He perdido la paciencia! ¿Has visto una rabieta en algún sitio?

¡Respóndeme, tonto! Es del tamaño de una sandía y tiene puntitas afiladas.
Cuando Bobo respondió que no, el hombre gritó de rabia. El caballo se sobresaltó tanto que tardó días en recuperarse.
Bobo viajó a Zizz, la capital del Reino de los Siete Arroyos. Allí fue recibido por el rey.
—No, no he visto media hora perdida —le dijo el rey a Bobo—, pero ya que viajas por todo el mundo, ¿podrías preguntar si alguien tiene noticias de mi hija? Si la encuentras te recompensaré generosamente.
Entonces Bobo dejó la ciudad de Zizz para continuar su búsqueda. Pasaron tres largos años. Para entonces, Bobo se había convertido en un joven apuesto, pero desgraciadamente seguía siendo muy tonto.
Bobo viajó desde el País de las Hadas en barco hasta la Isla de Hierro, con la esperanza de encontrar allí la media hora perdida. El viaje era peligroso y la tormenta había hecho naufragar el barco contra las rocas. Sin embargo, Bobo consiguió llegar a la orilla, pero la tripulación y el barco habían desaparecido. Bobo se encontró solo en una hermosa isla sin casas, carreteras ni caminos a la vista. De repente, vio una pequeña puerta en la corteza de un gran árbol. Bobo abrió la puerta y encontró un par de zuecos con una nota encima que decía: "PÓNTELOS". Bobo se puso los zuecos y ocurrió algo milagroso. Los zuecos se ajustaban perfectamente y eran muy cómodos. Hicieron que Bobo caminara en una dirección determinada. Durante dos días, Bobo caminó hacia el interior, hacia una gran

montaña, hasta que llegó a un magnífico castillo. De repente, una gran campana dio las siete campanadas. Bobo vio cómo un niño montado en un caballo negro salía rápidamente al galope del castillo y desaparecía en el bosque. Un anciano de barba blanca estaba en la puerta, y junto a él había once jóvenes. Bobo se armó de valor, cayó de rodillas ante el anciano y le contó su historia.

—Deberías dar las gracias a las hadas de las tormentas —dijo el anciano—, porque ellas te trajeron aquí. Yo soy el Padre Tiempo, y estos son mis doce hijos, las horas. Cada día, una tras otra, recorren durante una hora el mundo entero. Siete acaba de partir. Te daré la media hora perdida, pero debes cuidar de los caballos de mis hijos durante todo un año.

Y así, Bobo cuidó de los caballos de las horas durante un año. Cuando terminó el año, el Padre Tiempo le dio una cajita de ébano.

—La media hora está dentro —dijo el anciano—. No intentes mirar dentro ni abrir la caja hasta que llegue el momento oportuno. Si lo haces, la meda hora volará y desaparecerá para siempre.

Doce en Punto se había hecho buena amiga de Bobo durante el año. Le dio a Bobo un vaso de agua.

—Bébetelo todo —le dijo.

Era el agua de la sabiduría que Doce en Punto le había dado a Bobo. Y como ya no era estúpido, se acordó del hombre que había perdido su reputación, del hombre que había perdido la paciencia y del rey cuya hija había sido robada por las hadas. Bobo pidió consejo al Padre Tiempo, que es quien lo sabe todo.

—El hombre que ha perdido su reputación debería tener una buena conversación con sus vecinos. Así recuperará su reputación. Dile al segundo hombre que su berrinche está tirado en la hierba, cerca de donde lo conociste. En cuanto a la hija del rey, es Tilda, la criada de la cocina del palacio de la princesa Zenza.

Bobo dio las gracias al Padre Tiempo. Doce en Punto lo llevó de vuelta al País de las Hadas en su caballo, y se despidieron el uno del otro.

En la segunda mañana de su viaje a casa, se encontró con el hombre de la reputación perdida y le dio el consejo del Padre Tiempo. No vio al hombre de la paciencia perdida, pero sí encontró el ataque de ira, envuelto en un gran melón cubierto de pinchos. Se llevó consigo el terrible objeto, con la esperanza de encontrar a su furioso dueño. Después visitó al rey, padre de Tilda. El rey se alegró tanto de la noticia que concedió a Bobo varios títulos reales. Bobo se convirtió en Señor de las Colinas de Zafiro, Marqués de las Montañas de la Luna y Príncipe del Valle de las Manzanas Doradas. Con estos títulos, se convirtió en el noble más grande de todo el País de las Hadas. El rey tenía un carruaje preparado para ir con Bobo a casa de la princesa Zenza a reclamar a su hija desaparecida. Extrañamente, había cintas negras de luto colgando de los árboles en la tierra de la princesa Zenza. Una anciana estaba sentada en los escalones de una de las casas, llorando.

—¿Qué te pasa, buena mujer? —preguntó el rey.

La mujer respondió:

—Hace tres días, nuestro reino recibió la visita de un dragón. Pidió a la princesa Zenza una ayudante doméstica para preparar sus comidas y limpiar su cueva. Quemaría la tierra si no conseguía una. Pero, ¿quién es lo bastante valiente para dirigir la casa de un dragón? La criada de la cocina, Tilda, se ofreció voluntaria para acompañarlo. Es por ella que estamos de luto. Se la llevó el dragón hace media hora.



—Rápido —gritaron el rey y Bobo—, vayamos deprisa al castillo. Quizás aún esté allí y podamos salvarla. Pero llegaron demasiado tarde. El dragón se había llevado a Tilda. De repente, Bobo pensó en la media hora. Llegaba media hora tarde, ¡pero podía recuperar esa media hora! Las cosas tendrían que ser exactamente como eran media hora antes. Abrió la tapa de la caja de ébano. Las agujas del reloj retrocedieron media hora. Y, efectivamente, allí estaba la hermosa Tilda, de pie frente al castillo, esperando a que el dragón viniera a buscarla. Bobo corrió hacia ella y se puso a su lado para defenderla hasta el final.
El dragón se acercó y abrió su gran boca. Bobo metió la mano en su bolsa, sacó el ataque de ira y lo lanzó contra el aliento ardiente. Se produjo una enorme explosión. El dragón había explotado. Todo el mundo empezó a gritar "¡Hurra, hurra!". El rey dijo que Tilda

era su hija y, por tanto, una princesa de verdad. La princesa Zenza le pidió perdón a Bobo por haberlo tratado tan mal. Bobo la perdonó.
Se celebró una gran fiesta. Cuando terminó la algarabía, Bobo y Tilda se casaron. Vivieron felices para siempre.